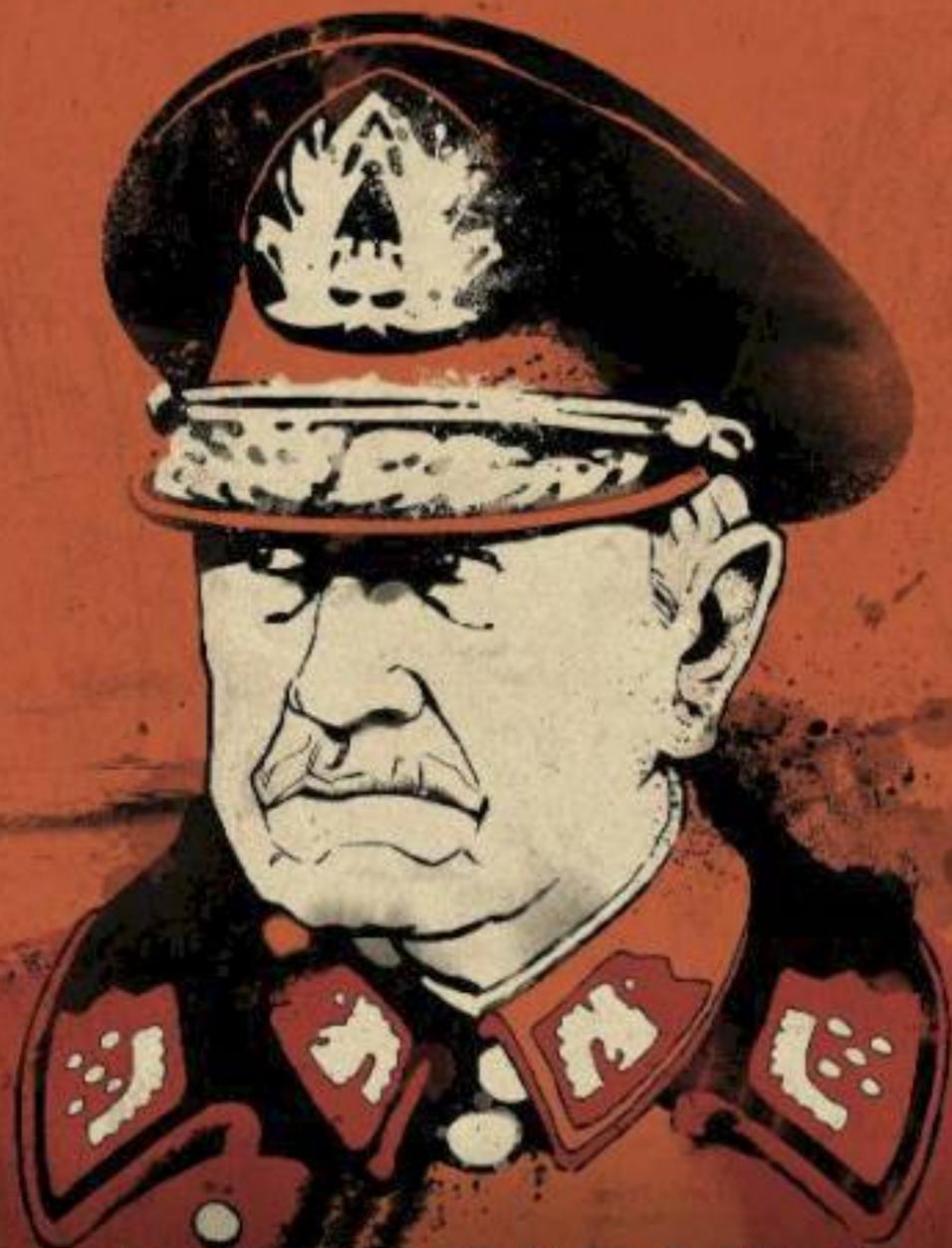


JORGE BARADIT



LA DICTADURA
HISTORIA SECRETA DE CHILE

Índice

[Cubierta](#)

[Prólogo](#)

[Antes](#)

[Durante](#)

[Después](#)

[Epílogo](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

Scary monsters and super creeps
Keeps me running
Running scared

DAVID BOWIE

PRÓLOGO

La dictadura no es en sentido estricto una historia *secreta* de Chile. Es más bien un fantasma incómodo, una gran herida a lo largo del país. Un conjunto de fragmentos y versiones contradictorias leídas en la penumbra. A nivel general, no tenemos tan claro cómo ocurrió todo, salvo tres o cuatro frases panfletarias de un lado y del otro. Tampoco sabemos con nitidez quiénes fueron los responsables y qué tanto del discurso hasta ahora consensuado es cierto.

¿Qué pasó realmente antes del 11 de septiembre y quiénes fueron las mentes detrás de los *Hawker Hunter*? ¿Cómo se llegó desde la idea de un golpe de fuerza, inspirado en una moral nacionalista, hasta la locura de dinamitar cadáveres para hacer desaparecer a los adversarios políticos? ¿Cómo el Ejército, pagado por todos los chilenos, se volvió en contra de su propio pueblo y lo mantuvo cautivo durante dieciséis años a punta de fusil, horror y sangre de sus compatriotas?

¿Cómo es posible que algunos ciudadanos hayan delatado a vecinos, e incluso a amigos, sabiendo que la denuncia podía acarrearles la muerte? ¿Qué pasa por la mente de una cantidad no menor de chilenos que hasta hoy consideran que no solo estuvo bien matar a miles de compatriotas, sino que además faltaron más por eliminar? ¿Qué ocurrió durante la dictadura que desató una furia psicópata, una crueldad inhumana y mecanismos de persecución, asesinato y ensañamiento a niveles nunca antes vistos en nuestra historia, arrojados sin control sobre hombres, mujeres, incluso embarazadas, ancianos y niños? ¿Fue la dictadura una maldad necesaria para *estabilizar* el país después del *desorden* vivido durante el gobierno de Allende? ¿O fue un golpe planeado de antemano para simplemente hacerse del poder, sin ningún contrapeso, frente a la primera ame-

naza histórica real a las elites? ¿Cómo es posible que después del horror vivido por un porcentaje enorme del país, haya un sector que todavía espere que la otra parte olvide, cierre los ojos de su memoria y siga adelante «mirando SOLO hacia el futuro»? O aún peor, que comiencen a negar que toda esta vorágine ocurrió.

Esta hecatombe que fracturó nuestra historia fue mucho más que solo una toma ilegítima del poder por parte de los militares. Fue una verdadera lucha de clases donde la elite de nuestro país sembró el terror acusando a Allende de querer instalar una dictadura proletaria, suprimir las libertades, cambiar la economía del país, forzar la instalación de una ideología única y buscarlo a través de la lucha armada. Cuando al final, quienes sí hicieron todo aquello fueron los que tomaron el poder por la fuerza el 11 de septiembre de 1973.

Pinochet encabezó la vía armada al neoliberalismo, eliminó las libertades civiles y llevó adelante una dictadura que instaló una ideología del terror durante dieciséis años.

Cuando un evento favorece a un grupo en desmedro de otro, cuando las partes representan formas tan distintas de ver el mundo, se producen relatos contrapuestos que incluso pueden llegar a acusarse mutuamente de tergiversar los hechos.

Mi crónica está basada en la experiencia de aquellos que tuvieron miedo y fueron vencidos; es la historia de mi familia y quizá, también, de la tuya. Es un relato cierto, como cualquier otro, porque a fin de cuentas la historia no es una, sino la suma de varias. Aquí no hay champañazos en la tarde del 11, ni éxito económico ni beneficios. Hay sangre, fuego y lágrimas.

Espero que este libro sea un aporte tanto para aquellos más cercanos a mi historia, como para los que no vivieron

esa derrota; quizás a través de esta lectura puedan acercarse a comprender lo que vivimos los que estábamos del otro lado; quizás así puedan empatizar con una mayoría que soñó con un Chile más igualitario y terminó viviendo una pesadilla lacerante; quizá, después de años, entiendan por qué es tan importante hablar de esta historia una y otra vez, como un niño dañado que en el psicólogo necesita recordar, relatar, aclarar cada detalle. Porque solo después de entenderlo todo, hasta la última esquina, sin esconder nada, podremos comenzar a superar una pesadilla de la que aún no despertamos, con dolores, heridas abiertas, cadáveres y tumbas pendientes.

Muchos en este país aún somos como un Hamlet llorando por el asesinato de nuestro padre cuarenta y cinco años después, con la sombra del usurpador aún en el trono. Este libro es el relato de una tragedia. No me fue fácil escribirlo, ha sido muy doloroso. Espero que sea un aporte para que valoremos en su justo peso el valle de sombras por el que pasamos muchos en nuestro país, porque estoy convencido de que no hay otra forma de construir futuro sino teniendo un ojo bien puesto en el pasado; de lo contrario, estaremos condenando a nuestros hijos y nietos a cometer los mismos errores, una y otra vez.

ANTES

Es 1969, el país completo está en vilo. Eran tiempos sorprendentes. Mi abuelo, el Tata, nació cuando no había aviones ni teléfonos y apenas circulaban algunos automóviles. Creció aislado del resto de un mundo que brillaba más allá de su pueblo neblinoso. De pronto, ahí estaba, manipulando aparatos llenos de perillas y switches, moviendo su televisor Motorola, llamando por telecomunicación a mi mamá para avisarle que tenía todo listo para ver la llegada del hombre a la Luna: un cohete había atravesado el espacio exterior en tres días de viaje.

Nadie como la gente de esa generación vio cambios tan drásticos en la historia de la humanidad. Pasar desde las carretas, las calles de tierra y morir de un simple resfrío, como en los últimos miles de años; a la cirugía robótica ambulatoria, los viajes espaciales y las telecomunicaciones globales. El futuro había llegado. Ellos habían visto que todo mejoraba, que la tecnología salvaba cada vez a más gente y se construía un mundo mejor. Todo parecía ir en una acelerada curva ascendente de bienestar y quizá sí se lograría llegar a algún tipo de mundo perfecto; solo había que acelerar las cosas un poco más en un país que todavía parecía vivir en el tiempo de los fundos y el feudalismo.

Había que atreverse, como todos los que ya estaban en el arte, en la música, la ciencia y la política de los sesenta. En aquellos años nadie pensaba en recuperar viejas modas, en la nostalgia, en lo *vintage*, porque había demasiado por hacer hacia adelante. En 1969 el mundo era una línea en progreso hacia las estrellas. Nadie imaginaba el sótano en el que nos encontraríamos solo cuatro años más tarde.

Mi mamá llegó a la casa de mi Tata conmigo en brazos. Acababa de cumplir un mes. A pesar de eso, se supone que me mantuve despierto hasta la madrugada en el rega-

zo de ella, mirando ese túnel rectangular de estática luminosa donde allá en el fondo se veía el futuro, donde unos hombres en trajes aparatosos caminaban en algo que parecía el más allá, fantasmas flotando en otro mundo. Arriba, en la pared, a la izquierda del televisor, había un cuadro de marco negro lacado, sobrio como los chilenos de clase media que se avergonzaban del exceso, el dorado y los colores brillantes; chilenos que vivían en casas monacales, todas parecidas. Dentro del marco resaltaba una fotografía de Salvador Allende.

El inicio de la dictadura, el 11 de septiembre de 1973, fue una tragedia para muchos chilenos, qué duda cabe. Las razones que llevaron al país a ese punto aún se discuten. Los eventos están cruzados por mitos y malos entendidos, ni siquiera la historia oficial ha terminado de ser escrita y, la que heredamos quienes la vivimos, es una manipulación grosera de los acontecimientos. Muchas veces de ambos bandos. Aún hoy cuesta encontrar un relato accesible de los motivos que llevaron a nuestro país a semejante debacle.

Quizá el primer mito a derribar es el que dice que los militares actuaron el '73 movidos por la inestabilidad política que la Unidad Popular había provocado. La verdad es que los planes para impedir un gobierno popular existían desde antes de que Allende ganara las elecciones y, por esto, la inseguridad fue en gran medida producida por los mismos que después corrieron a salvarnos a sangre y fuego de ella.

Esto tampoco fue una lucha entre Pinochet y el Ejército contra guerrilleros marxistas chilenos. Ni siquiera fue la lucha solapada entre Estados Unidos y la Unión Soviética — como se daba en Vietnam—, conocida como Guerra fría. Esto se trataba de la acción concertada de Estados Unidos y la elite chilena para mantener el control político. Los primeros, interesados en mantener limpio de izquierdistas lo

que consideraban su patio trasero, y los segundos, empeñados en mantener un modelo de privilegio del que habían gozado desde prácticamente la Colonia. A la URSS no le interesaba el proyecto democrático chileno y nunca lo apoyó.

La elite y EE.UU. utilizaron todas las herramientas a su alcance: la coacción, el engaño, los sobornos, la propaganda masiva y un barril sin fondo de dinero para llevar su causa adelante. Aplicaron el terrorismo, el asesinato selectivo, el sabotaje industrial, el acaparamiento de alimentos, la prensa incendiaria, el bloqueo económico, la corrupción y *aque- llo* asqueroso que te imaginas, que también formó parte de su estrategia. Fueron ayudados por una clase media influenciada y miedosa, por gremios de transportes, colegios profesionales, comerciantes y por todos los que se acoplaron a la pequeña —pero increíblemente poderosa— elite chilena. La idea era explotar con dinamita el territorio con tal de hundir un proyecto que atentaba contra su dominio histórico y contra lo que ellos consideraban «la manera correcta de dirigir el país».

No obstante, también contribuyeron al quiebre institucional un sector de la Unidad Popular —sobre todo el Partido Socialista— y grupos de la extrema izquierda que nunca pertenecieron al gobierno y que rechazaban el proyecto de Allende (como el MIR o el VOP). Estos movimientos consideraban que ese quiebre era no solo inevitable sino que además deseable para definir quién mandaría en Chile: si la clase alta o la clase popular. Para ello, incendiaron la prensa con discursos amenazantes, llamaron a desobedecer al gobierno y radicalizar las acciones. Sabotearon el deseo de Allende de ceñirse al programa y buscaron la destrucción del estado de derecho a través de acciones ilegales y violentas. Empujaron un enfrentamiento para el que nunca estuvieron preparados. Y al centro de todo, Salvador Allende, con su viejo sueño de unir a la izquierda, intentando gobernar una coalición esquizofrénica que, por un lado, tenía al muy leal Partido Comunista, que apoyaba las reformas den-

tro de la legalidad ajustándose al programa de gobierno, y, por el otro, a su propio partido, que lo saboteara constantemente. La intención de reformar el Estado para sacar a las clases populares de la miseria y el abandono de siglos a través de un método no violento no contaba, tampoco, con el apoyo de la Unión Soviética ni de Cuba, que consideraban que estos experimentos burgueses constitucionales solo desviaban la atención y las fuerzas de las clases trabajadoras de la verdadera revolución: la armada.

Documentos desclasificados por los organismos de inteligencia de Estados Unidos confirman que ese país intervino ya en las elecciones chilenas de 1958 y 1964 para evitar la elección de Allende y su proyecto de socialismo en democracia. Durante los años sesenta los norteamericanos financiaron al Partido Demócrata Cristiano, a otros grupos políticos, a radios y diarios para hacer propaganda anti izquierda. Al menos hubo unos dos millones y medio de dólares en financiamiento para la campaña de Eduardo Frei Montalva y otros tres millones para la campaña en contra de Allende. Pero el país estaba en un camino inevitable hacia los cambios, una nación donde la miseria, la desigualdad y el abandono de las clases populares requerían acciones urgentes. Además, los grupos populares habían cometido el «error» de instruirse y volverse conscientes de sus derechos; fue una generación politizada, más culta, capaz de agruparse, discutir y seguir planes de acción de manera disciplinada.

El país votó en masa por Frei Montalva en 1964, pero quería reformas aún más profundas. La nación necesitaba una revolución y las encuestas, la prensa y la calle, le hacían sentir a la elite chilena y a Estados Unidos que la posibilidad de elegir a un presidente socialista había dejado de ser una quimera. Cuando la calle habla y se junta medio millón de personas en la Alameda, es porque algo pasa. Cuando se junta medio millón de personas en una manifestación, es

porque hay razones reales detrás, necesidades y sueños urgentes.

Los organismos norteamericanos encendieron sus alarmas. En Chile, la elite empresarial comenzó a acercarse a la rama más conservadora de nuestras FF.AA., la Armada. Como lo consigna Mónica González en su libro *La Conjura*, ya en 1967 comenzaron las conversaciones en la cofradía «Hermandad de la costa» frente a la posibilidad de un gobierno socialista. La agencia de inteligencia norteamericana empezó a sondear a los militares chilenos a mediados de los sesenta para evaluar si estarían dispuestos a encabezar un eventual golpe de Estado y acentuaron el pago a medios de comunicación, a políticos chilenos y a partidos para contrarrestar el crecimiento de la izquierda. La periodista Patricia Verdugo cuenta cómo, en el mismo 1967, el gobierno de Estados Unidos encargó a sociólogos norteamericanos un estudio sobre oficiales de alto rango chileno. Una de las preguntas era literalmente: «¿Bajo qué circunstancias, si hubiera alguna, cree usted que los militares podrían tomar el control del gobierno?». Y esto a tres años de asumir Allende, seis años antes del golpe.

En esos años los dos grandes bloques se peleaban el mundo. En América Latina la Unión Soviética apostaba por los movimientos sociales y los grupos armados; Estados Unidos, en tanto, por las elites económicas y los ejércitos. Alrededor de los años sesenta EE.UU. invitó a oficiales de todo el continente a su «Escuela de las Américas». En esos cursos se les entrenó en contrainsurgencia, técnicas de interrogatorio y tortura, pero básicamente recibieron un fuerte adoctrinamiento anti izquierda, para cuando llegara el momento. Y ese momento llegó luego de un par de décadas. Durante los años setenta, América Latina estaba casi por

completo gobernada por dictaduras militares, en cuyos gobiernos participaban los oficiales instruidos en esa «escuela» y, sin ir más lejos, uno de los nuestros fue Manuel Contreras Valdebenito: futuro director de la DINA, la horripilante policía secreta chilena.

En ese lugar se distorsionó y se pervirtió el sentido de las Fuerzas Armadas. De ser los defensores de la gente y las fronteras de un país, se convirtieron en una policía que volcó sus cañones y ametralladoras hacia sus propios compatriotas para eliminar al «enemigo interno», la izquierda. Después de este entrenamiento, cada ejército derivó en una fuerza política criminal que destruyó democracias e impuso regímenes totalitarios agresivos y paralizantes.

En 1965, mi hermana Marcela había cumplido recién un año. Mi mamá la tuvo a los diecisiete y siempre me cuenta que era tan chiquitita que habría cabido en una caja de zapatos. Mi viejita era fan del Pollo Fuentes, una especie de Justin Bieber local. Chile se había quedado un poco pegado en los cincuenta y todavía era tema el rock & roll, las faldas plato, la Nueva Ola y el mundial del '62. El impacto que produjo en América Latina la Revolución cubana en 1959 es difícil de comprender hoy. Mientras en Chile los cambios sociales tomaban décadas y las injusticias demoraban generaciones en ser superadas, en Cuba una banda de barbones jóvenes y onderos tomaba el país y hacía cambios a la velocidad de la luz. Educación gratuita, salud para todos, fin a la explotación y seguridad social, se habían alcanzado gracias a las armas.

Esa idea planeó rápido sobre América. Y el país no vio venir la ola que se gestaba en grupos de jóvenes que exigían cambios y los querían ya. El MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) nació en Concepción y ese 1965 declaró su objetivo de derrotar a la sociedad capitalista a

través de un levantamiento popular armado. Ya no querían esperar más ni envejecer como los viejos patriarcas de la izquierda que se morían sin ver resultados. Rechazaban la búsqueda pacífica de reformas democráticas que los partidos de izquierda habían enarbolado; «como si alguna vez en la historia las clases dominantes hubieran entregado voluntariamente el poder», decían en su declaración de principios. No se puede negar que tenían razón en esa evaluación, profética como dirían algunos. Si bien siempre fueron un movimiento minoritario, su voz se hacía escuchar y su llamado a la insurrección electrificaba aún más el aire enrarecido de la segunda mitad de los sesenta. Por todas partes surgían grupos de izquierda que exigían reivindicaciones sociales urgentes; los jóvenes leían a filósofos e ideólogos. Los discursos llamaban a cambiar el mundo desde las flores, la música y las armas; las calles se llenaban de obreros, profesionales, agricultores, albañiles; banderas y lienzos exigían derechos para aquellos por los que el país no había hecho nada. Todo lo anterior se acumulaba como el calor dentro de una olla a presión, porque hasta entonces el poder histórico que tuvo la clase alta chilena nunca fue utilizado para conquistar principios como la igualdad, sino para bloquear una y otra vez las reformas necesarias, incluso usando la fuerza militar. La clase alta chilena se transformó en un muro en vez de una vía, fue incapaz de solucionar las enfermedades y dolores de la sociedad y los síntomas fueron aumentando, la presión se fue acumulando y las demandas por reformas y justicia social llevaron a la crisis del gobierno de Frei Montalva, que resultó insuficiente y derivó en la elección del gobierno de Allende. Si bien es cierto que en 1970 Salvador Allende Gossens no tenía una mayoría absoluta, se olvida que el programa que ofrecía Tomic, de la Democracia Cristiana, no era tan diferente al de la UP. Los tiempos pedían cambios más profundos.

Entretanto, jóvenes oficiales se adoctrinaban más y más en un anti izquierdismo radical. Se formaba una masa crítica